**Homilía XXX Domingo del tiempo ordinario**

El evangelio que acabamos de escuchar recoge la respuesta de Jesús a un sector de fariseos que le preguntan cuál es el mandamiento principal de la Ley. Así resume Jesús lo esencial: lo primero es “amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser”; lo segundo es “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Nada hay más importante que estos dos mandamientos. Para Jesús son inseparables. No se puede amar a Dios y desentenderse del hermano. Como dice san Juan en su primera carta, capítulo cuarto, versículo 20: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto”.

Jose Antonio Pagola, en el libro “El camino abierto por Jesús”, reflexionando sobre este texto evangélico, nos dice:

*“¿Qué es amar a Dios? ¿Cómo se puede amar a alguien a quien no es posible comprender ni ver? Al hablar del amor a Dios, los hebreos no pensaban en los sentimientos que pueden nacer en nuestro corazón. La fe en Dios no consiste en un «estado de ánimo». Amar a Dios es sencillamente centrar la vida en él, vivirlo todo desde su voluntad.*

*Por eso añade Jesús el segundo mandamiento. No es posible amar a Dios y vivir olvidado de gente que sufre y a la que Dios ama tanto. No hay un «espacio sagrado» en el que podamos «entendemos» a solas con Dios, de espaldas a los demás. Un amor a Dios que olvida a sus hijos e hijas es una gran mentira*.”

La primera lectura nos habla de esto, cuando nos dice que Dios nos manda no oprimir ni vejar al forastero y no explotar a viudas ni huérfanos. Recordemos que en el Primer Testamento, extranjeros, viudas y huérfanos son una imagen gráfica del riesgo de exclusión social. Actualizando el texto, hoy diríamos que Dios nos pide que no generemos exclusión social. Amar a Dios implica no marginar, discriminar o excluir a ninguno de sus hijos e hijas.

Para conseguir esto tendremos que dejar los ídolos (segunda lectura). Recordemos que ídolo es cualquier realidad creada que usurpa el puesto del Creador. Cada cual revise hoy su conciencia y vea qué ídolo le está perturbando, obstaculizando el amor a Dios y al prójimo. Se trata de abandonar los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, como nos decía san Pablo. Y a Dios se le sirve en el hermano.

Por último, mencionar también la importancia de amarse a sí mismo. Esto implica conocerse a sí mismo, aceptarse y quererse, con humildad. Sin despreciarnos por los defectos ni vanagloriarnos por las cualidades. La mejor fuente de autoestima es aprender a mirarse a uno mismo como nos mira Dios. Dios nos mira y no ve pecadores a castigar, sino hijos e hijas que necesitan de su Amor. Él no ve faltas a condenar, sino necesidades que socorrer. Él no ve gente desviada o perdida sin remedio, sino hijos e hijas en camino de maduración, con un porvenir glorioso por delante. Porque estamos destinados a la gloria, eternamente junto a Él. Dios mira la historia de la humanidad y nuestra historia desde el final, y sabe que es un final de felicidad y plenitud. Queridos hermanos y hermanas, que la mirada de Dios contagie nuestra mirada y así podamos amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos, ahora y siempre.

Mn. Antoni Reina